

MATERIALES ADULTOS SEMANA
MISIONERA 2009 "SUEÑA"



Solidaridad
y MISIÓN

PRESENTACIÓN Y EXPLICACIÓN DE LOS MATERIALES

Ya nos lo recuerda la canción "aquel que no sabe adónde va, siempre acaba en otra parte". Por eso importante tener clara la meta. Quién tiene un por qué siempre encuentra un cómo.

Las Bienaventuranzas, meta y camino. Para saber dónde queremos llegar y para saber el camino. Las Bienaventuranzas son el "sueño de Jesús" para la humanidad, de manera especial para los desventurados.

Claret, otro gran soñador ("hoy comienza una grande obra", pocos y pequeños) también nos acompaña en este camino. Claret se siente identificado con las bienaventuranzas, por eso hace de Lc.4,18-19 (**"El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor".**) la clave de su misión.

Nuestro corazón tiene que desbordar **actitudes** que **"hagan posible el sueño de Dios"**:

- 🌐 Estar identificados con los empobrecidos y sus causas.
- 🌐 "Caminar de la mano" con los que comulgan con el proyecto del Padre sobre el mundo; aunque no sean de los "nuestros".
- 🌐 Amar hasta que nos duela el corazón.
- 🌐 Compasivos y misericordiosos.
- 🌐 Fraternos y solidarios.
- 🌐 Con un corazón convertido. No al deseo de poder ni de dominio. Los ricos y los poderosos no pueden entender ni entrar en el Reino de Dios.
- 🌐 Viviendo "desde" la periferia de nuestro mundo donde Dios se hace presente de manera escandalosa para los sistemas de poder de nuestra sociedad.

Ellos, los empobrecidos, no son "objeto" de nuestra misión; ellos son compañeros de camino que nos adentran en el corazón de Dios, donde todos los sueños se hacen realidad.

Los materiales constan de dos partes: un momento de oración inicial y unos textos (cuatro) para la reflexión: una anécdota que nos pone en sintonía sobre la relación entre los sueños y la praxis; un poema de Serrat; una reflexión más larga sobre cada una de las Bienaventuranzas; y por último una homilía sobre el tema.



ORACIÓN de INICIO

En el nombre del Padre...

Himno (recita un solista)

Sólo desde el amor
la libertad germina,
sólo desde la fe
van creciéndole alas.

Desde el cimiento mismo
del corazón despierto,
desde la fuente clara
de las verdades últimas.

Ver al hombre y al mundo
con la mirada limpia
y el corazón cercano,
desde el solar del alma.

Tarea y aventura:

entregarme del todo,
ofrecer lo que llevo,
gozo y misericordia.

Aceite derramado
para que el carro ruede
sin quejas egoístas,
chirriando desajustes.

Sóñar, amar, servir,
y esperar que me llames,
tú, Señor, que me miras,
tú que sabes mi nombre.

Gloria al Padre, y al Hijo,
y al Espíritu Santo. Amén.

Salmo 33 (recitado a dos coros)

Bendigo al Señor en todo momento,
su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen
y se alegren.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor,
ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió,
me libró de todas mis ansias.

Contempladlo, y quedaréis radiantes,
vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha
y lo salva de sus angustias.

El ángel del Señor acampa
en torno a sus fieles y los protege.
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
dichoso el que se acoge a él.

Todos sus santos, temed al Señor,
porque nada les falta a los que le temen;
los ricos empobrecen y pasan hambre,
los que buscan al Señor no carecen de nada.



Evangelio Mt 5

Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos.
Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que



lloran: porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia: porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos obtendrán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón: porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos: porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, pues de ellos es el reino de los cielos. **PALABRA DEL SEÑOR**

Momento de silencio y reflexión

Canción: Bienaventuranzas (cantada o audición)

Felices somos en la pobreza,
si en nuestras manos hay amor de Dios,
si nos abrimos a la esperanza,
si trabajamos por hacer el bien.
Felices somos en la humildad,
si, como niños, sabemos vivir.
Será nuestra heredad la tierra, la tierra.

SI EL GRANO DE TRIGO
NO MUERE EN LA TIERRA
ES IMPOSIBLE QUE NAZCA FRUTO.
AQUEL QUE DA SU VIDA
PARA LOS DEMÁS
TENDRÁ SIEMPRE AL SEÑOR.

Felices somos si compartimos

si nuestro tiempo es para los demás:
para quien vive en la tristeza
y para quien camina en soledad.
Felices somos si damos amor,
si en nuestras manos hay sinceridad,
podremos siempre mirar
y ver a Dios, y ver a Dios.

Felices somos si ofrecemos paz
y nuestra voz denuncia la opresión,
si desterramos odio y rencores,
será más limpio nuestro corazón.
Felices somos en la adversidad,
si nos persiguen cuando no hay razón,
la vida entonces tendrá
sentido en Dios, sentido en Dios.

REFLEXIÓN

**DONDE LA LLUVIA, JULIO Y EL VIEJO ANTONIO ANUNCIAN EL HOY,
PERO 10 AÑOS ANTES**

Subcomandante Marcos
Planeta Tierra, Julio de 1996

Llovía tendido. Quiero decir que la lluvia hasta se acostaba cuando el viento le tomaba la cintura. El Viejo Antonio y yo habíamos salido de cacería esa noche. El Viejo Antonio quería matar a un tejón que le robaba el maíz que ya empezaba a asomar en la milpa. Esperamos a que el tejón llegara, pero en su lugar llegaron una lluvia y un viento que nos obligaron a refugiarnos en la troje casi vacía. El Viejo Antonio se acomodó en un rincón más adentro y yo me senté en el dintel de la puerta. Fumábamos los dos. Él dormitaba y yo veía cómo la lluvia se ladeaba a un lado y a otro, según el paso que le marcara el baile de un viento más caprichoso que de costumbre. La danza terminó o se mudó a otro sitio. Pronto no quedó de la lluvia más que la ensordecedora competencia entre grillos y ranas. Salí tratando de no hacer ruido para no despertar al Viejo Antonio. El aire quedó húmedo y caliente.



- Mira- me dice el Viejo Antonio, y tiende su mano hacia una estrella que apenas se asoma detrás de las cortinas que las nubes hacen en occidente. Yo miro la estrella y siento no sé qué pesar en el pecho. Algo así como una soledad triste y amarga. Sin embargo me sonrío y, antes de que el Viejo Antonio me pregunte, aclaro:

- Me estaba acordando de un proverbio que dice más o menos así: "Cuando el dedo señala el sol, el tonto mira el dedo".

El Viejo Antonio se ríe de buena gana y me dice:

- Más tonto sería si mirara el sol. Se quedaría ciego.

La lógica abrumadora del Viejo Antonio me deja tartamudeando la explicación sobre lo que, supongo, quiere decir el proverbio. El Viejo Antonio se sigue riendo, no sé si de mí, de mi explicación o del tonto que mira al sol cuando lo señala el dedo. Se sienta el Viejo Antonio, pone su chimba a un lado y forja un cigarrillo con algo de doblador que tomó de la vieja troje. Yo entiendo que es la hora de callarse y escuchar. Me siento a su lado y enciendo la pipa. El viejo Antonio da unas bocanadas a su cigarro y empieza a llover palabras con sólo el humo alivianándoles la caída.

- Hace rato no te estaba señalando la estrella con la mano. Estaba pensando en cuánto se necesita caminar para que mi mano pueda tocar esa estrella allá arriba. Te iba a decir que calcularas la distancia que hay entre mi mano y la estrella, pero tú saliste con lo del dedo y el sol. Yo no te estaba mostrando mi mano, pero tampoco la estrella. Ese tonto del que habla tu proverbio no tiene alternativa inteligente: si mira el sol y no se queda ciego, entonces se va a tropezar mucho por estar mirando hacia arriba; y si mira el dedo no va a tener camino propio, o se queda parado o camina detrás del dedo. Total que los dos son tontos: el que mira el sol y el que mira el dedo. Caminar, vivir pues, no se hace con verdades grandes que, si uno las mide, resulta que son bastante pequeñas. Va a llegar la noche en que empecemos a caminarla para llegar al día. Si sólo vemos muy cerca,

entonces nomás por ahí nos vamos a quedar. Si sólo vemos muy lejos, entonces vamos a tropezarnos mucho y a perder el camino.

Reposa la palabra el Viejo Antonio. Yo pregunto:

- ¿Y cómo vamos a saber mirar lejos y mirar cerca?

El Viejo Antonio reanuda el cigarro y la voz:

- Hablando y escuchando. Hablando y escuchando a los que están cerca. Hablando y escuchando a los que están lejos.

El Viejo Antonio vuelve a tender la mano hacia la estrella. Se mira la mano el Viejo Antonio y dice:

- Cuando se sueña hay que ver la estrella allá arriba, pero cuando se lucha hay que ver la mano que señala la estrella. Eso es vivir. Un continuo sube y baja de la mirada.

PARA CONSTRUIR UN BELLO SUEÑO (Joan Manuel Serrat)

Para construir un bello sueño lo primero es estar despierto, mano firme para sostener las bridas y hacerse un proyecto a medida teniendo en cuenta que todo encoge.

Materiales de primera.
Anchos y profundos los cimientos,
a prueba de malentendidos,
compromisos, intereses y accidentes.
Orientado al sur y protegido de los vientos.

Nada cura las heridas como un bello sueño.
¿Quién no arriesga la vida por un bello sueño?
¿Qué sería de nosotros sin un bello sueño?
¿Qué haríamos del día y de la noche?

Para construir un bello sueño hay que dedicarse plenamente a él y estar pendiente en todo momento de si ríe, si duerme, si llora como si fuese un recién nacido.

Y por el bien de la empresa es indispensable estar enterado de que al final de la proeza será una sorpresa su resultado.



Hay un buen trecho entre la realidad y los sueños.

Nada cura las heridas como un bello sueño.
¿Quién no arriesga la vida por un bello sueño?
¿Qué sería de nosotros sin un bello sueño?
¿Qué haríamos del día y de la noche?

Para construir un bello sueño es preciso, además, ser lo bastante espabilado
-cuando se da vuelta la fortuna-
para salir de entre las ruinas y hacer otro inmediatamente.

LAS BIENAVENTURANZAS DE MATEO 5,3-9: UN PROGRAMA DE PAZ XABIER PIKAZA

El evangelio de Mateo ha reinterpretado las tres primeras bienaventuranzas de Lucas (Lc 6, 20.21), desde la perspectiva de su propia iglesia (hacia el 80 d. C.), presentándolas como un programa de pacificación cristiana. Ciertamente, son palabras de anuncio gozoso de Reino, pero, al mismo tiempo, ellas ofrecen el más hondo programa de pacificación social del cristianismo. La Iglesia posterior ha pactado con muchos poderes políticos y sociales, defendiendo incluso la "guerra justa". **Para el Jesús de Mateo no hay guerras justas, ni pactos militares capaces de crear la paz.** Su propuesta de paz es más honda, más actual que todas las propuestas posteriores de los documentos de la Iglesia.

Presentación.

Suponemos conocidas las tres primeras bienaventuranzas de Lc 6, 20-21 (bienaventurados los pobres, los hambrientos, los que lloran...). Mateo parte probablemente de ellas, pero aumenta su número hasta siete, presentándolas así como un programa de vida y de pacificación cristiana. Prescindimos aquí de la 8ª (la 4ª de Lucas), que trata de la persecución, para analizar las siete anteriores, como propuesta básica de paz de la Iglesia. En esa línea las presentamos, de un modo unitario, como siete peldaños de una gran Escala de Paz, como la Vía Pacis del Evangelio.

El mismo orden de las bienaventuranzas va marcando su avance y sentido, desde la primera (los pobres) hasta la última (los pacificadores). No es posible ser pacificador, crear la paz, a no ser recorriendo ese camino de pobreza, mansedumbre, capacidad de sufrimiento etc. Así lo iremos viendo, mientras vamos trazando un recorrido de paz para la Iglesia, para el conjunto de la humanidad.

Las siete bienaventuranzas: Mt 5, 3-9

(1) Bienaventurados los pobres de Espíritu. Sólo se puede hablar de paz donde se empieza poniendo en el centro a los pobres. Mt 5, 3 ha dicho pobres de espíritu donde Lc 6, 20 decía simplemente pobres. Con eso, Mateo no ha negado la bienaventuranza de la pobreza material, pues él sigue hablando en su evangelio de pobres, vencidos y pequeños (cf. Mt 18, 1-14), pero ha querido referirse en especial a los cristianos. En ese sentido, habla de los pobres de espíritu, esto es, de aquellos que no se limitan simplemente a sufrir una suerte que les viene marcada de fuera (porque han sido derrotados por otros, vencidos por la vida), sino que habla de aquellos que, pudiendo vivir de otra manera, asumen voluntariamente un camino de pobreza, por solidaridad y, sobre todo, por servicio a los demás, como Jesús, que, pudiendo haberse puesto al lado de los vencedores, se unió a los pobres, iniciando con ellos un camino de salvación (cf. 2 Cor 8, 9; Flp 2, 6-11). Así aparece como el siervo que no grita, no se ensalza, no esclaviza (cf. Mt 12, 15-21), iniciando un camino de solidaridad humana desde la pobreza. Quien quiera vivir como rico no puede hacer la paz. Donde se busca dinero se logran otras cosas, no se puede hablar de paz.

(2) Bienaventurados los que sufren. Sólo aquellos que sufren y saben sufrir pueden ser constructores de paz. Lucas hablaba de aquellos que lloran (*hoi klaiontes*), destacando quizá el llanto físico, aceptado o no (en la línea de la pobreza material). Mateo, en cambio, dice *hoi penthountes*, término que parece referirse más en concreto a los que "saben" sufrir, es decir, a los que aceptan el dolor, más aún, a quienes lo comparten con

otros y así lo convierten en fuente de vida fecunda. Ciertamente, podemos decir con el texto de Lucas, que son bienaventurados todos los que lloran, por la razón que fuere, sin distinguir la forma en que asumen o no su sufrimiento. Mateo en cambio parece haber puesto de relieve el valor de maduración e incluso de "revolución radical" del sufrimiento. Sólo aquellos que, quizá con miedo, saben aceptar el sufrimiento pueden ayudar a los demás, abriendo con ellos y para ellos un camino de vida. Quien no sabe sufrir terminará siendo un dictador. Quien hace sufrir a los demás (por hambre o terror, por guerra o dictadura) no podrá ser hombre de paz. Sólo aquellos que se ponen en el lugar de los que sufren y sufren con ellos pueden iniciar el camino de paz del evangelio.

(3) Bienaventurados los mansos... (Mt 5, 5). Ésta es una bienaventuranza nueva, que Mateo o su iglesia han creado, siguiendo el testimonio de Jesús, que ha sido pobre y pequeño (sin poder económico o social), pero que ha sabido elevar y enriquecer a los pequeños, convirtiendo su pobreza en fuente de gracia y de vida para muchos. Mansos son los que actúan sin imponerse, los que ayudan a los demás desde su pobreza. Así ha dicho Jesús: «Acercaos a mí todos los que estáis rendidos y abrumados, que yo os daré respiro. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde...» (Mt 11, 28-29). Siendo pobre (manso, no violento), Jesús puede ayudar a los pobres. Pues bien, esa bienaventuranza (tomada del Salmo 37, 11, expresa una experiencia radical, de tipo político: "los mansos heredarán la tierra", no al modo actual (por posesión violenta), sino al modo de Dios: "por herencia de gracia". Esta palabra (los mansos heredarán la tierra) proclama una utopía de pacificación "política", que invierte todos los principios y táctica de guerra. Sólo los mansos, los que renuncian a toda imposición militar para "conquistar la tierra" podrán poseerla de verdad, pues tierra no se conquista por guerra, sino que se "hereda": la recibimos de aquellos que nos han precedido y queremos ofrecerla como regalo a quienes nos sigan. La tierra que se conquista y somete por la fuerza se vuelve un infierno de guerras; cuanto más la dominemos más la destruiremos. Sólo los mansos podrán heredar y disfrutar la tierra en paz; los otros, los violentos, la destruyen y se destruyen entre sí.



(4) Hambrientos de justicia. En vez de hambrientos sin más (como Lc 6, 21), Mt 5, 6 dice hambrientos y sedientos de justicia. Ciertamente, son bienaventurados los carentes de comida, como supone Mt 25, 31-46 (pues el mismo Jesús habita y sufre en ellos), pero Mateo sabe también, como indica ese pasaje, que hay hambrientos mesiánicos, que entregan la vida por los otros, dando de comer a los necesitados, buscando así la justicia de Dios que es la liberación de los oprimidos (Antiguo Testamento) y la justificación y perdón de los pecadores (San Pablo). Esta bienaventuranza habla de los hambrientos creativos, de aquellos que habiendo descubierto la presencia de Dios en los necesitados se empeñan en ponerse al servicio de ellos. Éstos son los verdaderos "justos", los portadores de justicia (cf. Mt 25, 37). Es evidente que entre ellos se sitúa Jesús, Mesías de la justicia del Reino (cf. Mt 6, 33). En este contexto se entiende su palabra: "no sólo de pan vive el hombre" (cf. Mt 4, 4)... No hay sólo "hambre de pan", sino también de "justicia". Sólo a través de esta justicia, que es la liberación de los pobres, se puede hacer la paz.

(5) Bienaventurados los misericordiosos (Mt 5, 7). Ellos aparecen vinculados al Dios de Israel a quien la Escritura presenta como «clemente y misericordioso, lento a la ira...» (Ex 34, 6-7). La fe en el Dios misericordioso y clemente ha definido y marcado la

historia de Israel, viniendo a culminar, según el evangelio, en Jesús de Nazaret, a quien Mateo ha definido, de un modo muy intenso, como el Mesías misericordioso, Hijo de David que tiene piedad de los perdidos y excluidos de la tierra (cf. Mt 9, 27; 25, 22; 20, 30-31). Desde ese fondo se entiende su novedad mesiánica, conforme a las palabras centrales de Oseas: "Misericordia quiero y no sacrificios" (Mt 9, 13; 12, 17; cf. Os 6, 6). Eso significa que la "religión" (sacrificio) de Jesús es la misericordia. Éste es el sacrificio que Jesús pide a los suyos: que sean misericordiosos, que sean capaces de compartir la vida con los otros, creando así la paz. Desde ese fondo, la religión de Jesús se hace política y la política se hace "misericordia", dirigida por la ternura de corazón, por el amor gratuito, y no por la dureza de la ley implacable o la venganza. Ésta es la dicha más honda de Jesús, su felicidad mesiánica: compartir desde el corazón la suerte de los pobres, ayudar a los necesitados. Ésta es la nota fundante del evangelio, el principio de la política cristiana: la misericordia que hace felices a los hombres y que crea la paz. Aplicando las palabras de Mt 7, 1, se podría decir: "sembrad misericordia y la misericordia llenará vuestra vida...".



(6) Bienaventurados los limpios de corazón (Mt 5, 8).

Un judaísmo bastante extendido en tiempos de Jesús tenía miedo de aquello que mancha al hombre y puede separarle de la santidad de Dios. A su juicio, la limpieza básica se logra través de la ley: es pureza de manos que se lavan de acuerdo con el rito, de observancias que se cumplen realizando lo mandado, en vestidos y comidas etc. Es religión de normas exteriores (de prestigios nacionales o sociales, de insignias, de banderas...). Pues bien, en contra de esa pureza de ley, puesta al servicio de los fuertes (piadosos y cumplidores), Jesús ha destacado la pureza del corazón, abierta en forma solidaria a todos los hombres, especialmente a los expulsados del sistema. El mensaje de Jesús, tal como lo viven los cristianos de la Iglesia de Mateo, exige que superemos un sistema de purezas que se centran en las manchas de la piel o en la forma de cumplir el sábado (cf. Mc 1, 4-45;

2, 23-3, 6), tabúes de sangre y sexo (cf. Mc 5), de pureza externa y comidas (cf. Mc 7). Jesús quiso ofrecer a sus amigos y seguidores un programa distinto: la pureza del corazón misericordioso que se abre a los necesitados, por encima de toda ley o patria particular (de tipo político o religioso). Así podemos decir que la patria de Jesús (su nación política, su iglesia) es la misericordia universal, desde los más pobres. Sólo así, desde el corazón, se puede iniciar un camino de paz, pues los limpios de corazón no sólo "verán a Dios" (en el futuro), sino que pueden ver ya a los demás (incluso a los enemigos) con los ojos de Dios. El limpio de corazón no hará nunca la guerra, pues no verá jamás a los enemigos como enemigos, sino como personas.

(7) Bienaventurados los hacedores (artesanos) de paz (Mt 5, 9). Otros tipos de judaísmo podían tener sus propios bienaventurados: los guerreros de Dios que conquistan el reino (celotas), los buenos sacerdotes con su ritual de sacrificios, los cumplidores de la ley... (en línea farisea). Pues bien, para Jesús, judío mesiánico, la bienaventuranza verdadera culmina allí donde los hombres son capaces de "hacer" (*poiein*) la paz del Reino, regalando generosamente la vida a los demás. De los pobres de la primera a los pacificadores de la séptima bienaventuranza discurre así un camino recto: la *Via Pacis*, el camino triunfal de la paz, que se opone no sólo a otras formas de judaísmo, sino al ideal de victoria del imperio

romano. Aquí culmina el mensaje de Jesús, aquí se condensa su proyecto mesiánico, centrado en el surgimiento de unos hombres y mujeres que sean hacedores de paz (*eirenopoioi*).

Conclusión. Estos hacedores de paz sólo pueden aparecer claramente al final del despliegue de las bienaventuranzas que empieza con los pobres y continúa con los sufridos y los mansos etc. Estos pacificadores de Jesús siguen siendo, según eso, los pobres y excluidos que renuncian con un gesto de paz a la violencia del ambiente. En contra de la política oficial de Roma y de los reyes herodianos, la paz no es obra de los emperadores y monarcas que instauran su dominio por la fuerza, como Augusto, que edificó en el centro de Roma su Ara Pacis (Altar de la Paz), para expresar su soberanía (y soberbia) mundial. A los ojos del Cristo de Mateo, **los portadores de la paz de Augusto**, simbolizado en su Altar central de Romo, serían unos engañados e impositores. La verdadera paz viene de abajo, desde el perdón de los más pobres, a través de aquellos que van suscitando comunidades de personas que se aman y se abren en misericordia activa hacia todo el mundo. En ese sentido, la tradición cristiana dirá que el pacificador por excelencia ha sido Cristo (él es nuestra paz: Ef 2, 14-15), pues ha querido reunir con su gesto de entrega no violenta todos los hombres. Ésta es la paz que no se logra con poder y dinero (desde arriba), sino a partir de los pobres y de aquellos que sufren, abriendo un camino de concordia gratuita y amorosa por donde pueden caminar todos los hombres. Éste es el proyecto y propuesta de las bienaventuranzas, que ha empezado en los pobres para culminar aquí, en una paz que aparece, como ya hemos indicado, en forma de espada mesiánica, en la línea de Mc 13, 12-13: "No penséis que he venido para traer paz a la tierra. No he venido para traer paz, sino espada. Porque yo he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra" (Mt 10, 34-35). La paz de Jesús rompe las vinculaciones impositivas (de tipo familiar o social) de los privilegiados del sistema para abrirse a todos los hombres y mujeres, desde los más pobres, reuniéndolos en la gran familia de los hijos de Dios.

La Iglesia de Mateo ha proclamado así la paz familiar y social de Jesús. Siglos de espiritualismo sacral e idealista nos han impedido abrir los ojos y entender el evangelio como programa de gozo salvador y libertad dichosa, como movimiento de paz que se expresa y expande en un plano social y político. **El evangelio es un programa de pacificación, desde los más pobres**, un programa intenso de no-violencia activa, fuerte, que vincula a todos los hombres. Hemos identificado a veces evangelio con ley, santidad con sacralidad, fidelidad a Dios con represión del sexo o los placeres. Pues bien, en contra de eso, las bienaventuranzas son un programa de dicha política y social, capaz de vincular en un gesto de paz a todos los hombres.



ANUNCIAR LA UTOPIA DE LA VIDA, GENERANDO ESPERANZA, JUSTICIA Y AMOR, ES LA PRIMERA PREDICACIÓN DE JESÚS Y ES LA PRIMERA EXIGENCIA PARA EL CRISTIANO Y PARA SU IGLESIA. Enrique Díaz Díaz, Obispo

¿Reconstruir todo...?

Destartalada, con muy poca luz, con tablas desvencijadas y láminas rotas, pero Don Regino le tiene un cariño especial a su ermita y no quiere abandonarla. Es el lugar donde nació y se fortaleció la comunidad, allí no sólo aprendieron el catecismo, sino también a leer y a enfrentar la vida, allí lloraron y se consolaron en los momentos más duros para la comunidad, ahí vivieron momentos plenos de alegría, felicidad y reconciliación y por eso le tienen tanto cariño. La han reparado, remendado y sostenido con puntales durante años, pero ya no aguanta más parches y está a punto de derrumbarse. Los catequistas insisten y animan a don Regino: "Necesitamos una capilla con más firmeza y seguridad, donde entremos todos, donde haya más luz, donde todos podamos participar. Además corremos el riesgo de que se nos caiga encima y nos aplaste" Don Regino a duras penas acepta la propuesta, pues aunque esté muy vieja y arruinada para él sigue siendo "su capilla".

Nuestros sistemas

A veces me imagino a Jesús visitando nuestra Iglesia y nuestra sociedad y contemplando las estructuras que hemos creado: viejas, obsoletas, oscuras y arruinadas, que queremos poner al día sólo con remiendos y parches. ¿Qué nos diría Jesús? Me imagino que algo parecido a lo que le dicen a don Regino sus catequistas: "No necesitamos poner parches, sino construir una Iglesia y una sociedad nueva, abierta, con bases firmes, con mucha luz, donde quepan todos los hermanos..." Y este día es uno de esos días que se siente uno cuestionado fuertemente por las palabras de Jesús. Nos presenta sus "bienaventuranzas". Es decir su programa para responder a lo más profundo de toda persona humana: la felicidad. Pero dista tanto el programa de Jesús de lo que nosotros hemos ido construyendo, que si ponemos atención a las palabras que Él nos propone seguramente le diríamos que está loco, que eso no es posible, que es una utopía.

Utopía

¿Utopía el Reino de Dios? Para algunos así parecería y proponen moderación de parte de los poderosos y resignación de parte de los pobres, y así utopía se convierte en "un lugar que no es posible alcanzar" (ou-topía), pero para Cristo "utopía" (eu-topía: buen lugar) se convierte en un sueño posible por el cual vale la pena entregar la vida. La utopía del Reino responde al sufrimiento de los pobres y va acompañada de signos evidentes de que es posible y vale la pena luchar por ella: las curaciones, el evangelio a los pobres, las comidas con todos, la acogida a los despreciados por la sociedad. Todo esto resumido en el gran sueño de Jesús: "Las bienaventuranzas". Anunciar la utopía de la vida, generando esperanza, justicia y amor, es la primera predicación de Jesús y es la primera exigencia para el cristiano y para su Iglesia.

¿Las bienaventuranzas para nosotros?

Hemos escuchado tantas veces las bienaventuranzas que ya no captamos el sentido revolucionario y novedoso que encierran. "Dichosos los pobres de espíritu..." y cada una de ellas nos lleva a poner en juicio todas las estructuras y condicionamientos de un mundo que

ha basado su felicidad en el tener y el poder, que todos sus esfuerzos los encamina a fortalecer y alimentar la propia felicidad y se ha desentendido de la miseria de los hermanos. Así han nacido sistemas, imperios, naciones que basan ser y quehacer en la economía, en las armas, en el bienestar propio aun a costa de la pobreza de los demás. Jesús proclama dichosos a los pobres, los sufridos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los que trabajan por la paz, los perseguidos por causa del bien. Consideradas por los grandes de este mundo, las bienaventuranzas aparecerán como una aberración, como ocho normas para fracasar en la vida, como un estorbo para el triunfo.

Hay quienes para huir de esta interpretación, todo lo espiritualizan y lo ven como un bello ideal que sólo se cumplirá en el cielo. El compromiso personal se diluye en la pasividad de lo imposible y nos condena a seguir en lo mismo. La paz se convierte en no molestar y no ser molestado – ¡Como si esto se pudiera!– y si yo logro ser feliz en mi egoísmo, doy gracias a Dios y me olvido de los demás.

Jesús, el más feliz

Pero ésta no es la actitud ni el comportamiento de Jesús. A nadie imagino más feliz que a Jesús, pero tampoco conocemos a nadie más encarnado, comprometido y coherente en su opción por los pobres. La vida, ejemplo y conducta de Jesús son la clave para entender las bienaventuranzas. Nadie más pobre que Él, nadie más comprometido con la paz y la justicia, nadie más perseguido, nadie más limpio de corazón y sin embargo ¡nadie más feliz que Él!

Las bienaventuranzas son la norma suprema de conducta para el cristiano y una invitación de Jesús que constituyen la norma base de conducta moral y estilo propio de su forma de vivir. Solamente quien las practica puede entender todo su sentido porque suponen una inversión total de los valores que el mundo nos propone. Nosotros nos atamos a seguridades terrenas y visiones egoístas de nuestro bienestar, Cristo nos lanza mucho más allá: construir un reino donde la felicidad se conquista en comunidad, nadie es más feliz que quien hace felices a los demás.

¿Cómo estamos viviendo las bienaventuranzas?

Repasemos cada una de ellas, meditémoslas frente a la vida de Jesús y quizás descubramos que debemos cambiar todo nuestro estilo de vida para ser verdaderos cristianos. A veces nos quejamos de que no somos felices ¿Nos hemos puesto a pensar por qué?

Padre Bueno que nos llamas a la felicidad y en Jesús nos has dejado el mejor ejemplo de alguien plenamente feliz, ilumínanos para descubrir el verdadero camino de la felicidad que pasa por el amor y el servicio a los hermanos. Amén.

